

Estoy tan triste como si te me hubieses muerto: a la vida y la poesía de Idea Vilariño
Por Gabriela Miranda

Cuando murió Benedetti, Eduardo Galeano llevó en hombros el féretro, el mundo de las letras se puso de luto. Pero algunos días antes, el 28 de abril, Uruguay perdió otra poeta, Idea Vilariño, pocos saben sin embargo de su existencia y menos aún de su deceso. Sin embargo, es una de las mayores poetas de América latina, mucho más conocida por sus controversiales amores con Juan Carlos Onetti, que por su propio trabajo. Dada su personalidad y sus convicciones se negó siempre a promocionar mucha de su obra, concedió pocas entrevistas y la mayoría de ellas giran en torno a sus relaciones con el novelista uruguayo. Pero Idea Vilariño fue además de poeta, traductora de textos de Shakespeare (por los que obtuvo importantes reconocimientos), ensayista, catedrática y compositora.

Nació en 1920 en Montevideo, hija del anarquista Leandro Vilariño, también poeta. Durante su infancia y adolescencia padeció de una extraña enfermedad que requería de muchos cuidados y que la ponía fuera de circulación. De muy joven perdió a su madre, a un hermano suyo y a su padre.

La poesía de Idea Vilariño es fina en muchos sentidos, lo es sobretodo visualmente y en su escasez de palabras, quizá sea mejor decir que es poesía estrecha. Cuando una ojea su obra, parece que se extingue, que va mermando a medida que se lee:

Esto que va que viene
que llevamos traemos
de un lado a otro
huesitos ganglios médulas
la voz el tacto dulce
el cristalino
el pubis
esto que cada noche
guardamos
frágil cosa
todo esto
qué es esto
sangre
aliento
piel
nada.

Sin duda usa palabras simples, cotidianas, como ella misma dijo “siempre me he rehusado a usar palabras que salen de lo corriente, aquellas que suelen considerarse poéticas. Me cuido de no caer en eso.” Es una poesía casi austera, apocada y triste, de palabras breves, de frases acortadas, a veces parecen inacabadas, la falta de puntuación da la impresión de que cada palabra es independiente de la otra, cada una hace un verso, hiladas tan sólo por el ritmo exacto del corte.

A pesar de que en su obra existe lo que Luis Gregorich, describe como “el tenso e ininterrumpido diálogo entre el dolorido yo, la primera persona enunciativa, y un tú

deseado apasionadamente y sin embargo inalcanzable”, sus poemas llegan a ser más que simples episodios de su vida. Son poemas de amor tan íntimos que casi puedo decir que están desprotegidos o desnudos, se descubre en ellos la gravedad de su dolor, propio, personal y sin embargo están tan asombrosamente bien comunicados que logra hacer de lo anecdótico una experiencia universal:

“Amor/ desde la sombra/ desde el dolor/ amor/ te estoy llamando/ desde el pozo asfixiante del recuerdo/ sin nada que me sirva ni te espere (...)/ Desde la noche ciega/ desde el olvido/desde horas cerradas/ en lo solo/ sin lágrimas ni amor/ te estoy llamando/ como a la muerte/ amor/ como a la muerte”

La obsesión por este amor suyo no se comprende en palabras duras o apasionadas, sino en la retahíla, la repetición; la increpación al amante es tajante, tan tajante como los cortes de cada verso y quizás también en lo exangüe de los poemas, como un intento de decir callando, cada poema se convierte en un doloroso murmullo.

En esta obra amorosa, tan característica de su trabajo, el dolor no es descrito con despecho, sino más bien como una melancolía, un estado de tristeza o de nostalgia, probablemente la misma idea con la que se suele identificar a Montevideo, como dirá Benedetti en el cuento *Viejo Tupi*, “la ciudad asumía en esos años un aire de nostalgia, pero no se sabía bien qué cosas añoraba.”

Tal vez lo que más me atrae de su obra es la manera en la que entiende aquello que se acaba o lo que no termina de empezar, como lo muestra este fragmento de su poema *Vive*: “aquel amor/ ahora/ en unas líneas que/se caen del cajón/ está ahí/ sigue estando/ sigue diciéndome/ está doliendo/ está/ todavía/ sangrando.”

O bien en *No miraste*: “y si tanto entendés/ cómo no viste en ellos/ cómo cómo no viste/ no miraste/ un pequeño animal que pedía aire/ que ardía/ se asfixiaba/ se moría.”

El escaso uso de palabras es coherente con los contenidos de cada poema, sobriedad, austeridad, soledad. El silencio acompaña el ritmo entrecortado, un silencio sugerido que hace las veces de ausencia, como aquel que se forma cuando se precisa tomar aliento entre palabras.

Me conmueve la ternura con la que conoce la muerte y el dolor, como si tuviera un modo lánguido de entenderlos. Casi percibo cierta indiferencia en ello, como si simplemente ocurriera lo que tiene que ocurrir y ella lo esperara, aún cuando esto le sea por demás, doloroso: “Quisiera morir/ ahora/ de amor/ para que supieras/ cómo y cuánto te quería./ Quisiera morir/ quisiera/ de amor/ para que supieras.” Es quizá como ella dice “[el amor y la muerte] no son obsesiones sino certezas.”

Pero no sólo el abandono o el desamor marcaron su obra, también escribió poesía política. Su poesía pesimista y angustiada, como ella misma la llama, no terminó en eso, por eso dijo sobre su experiencia con la Revolución Cubana “uno es más que su yo profundo, que su posición metafísica; hay otras cosas que cuentan: el dolor por la tremenda miseria del [ser humano], el imperativo moral de hacer lo posible porque se derrumbe la estructura clasista para dar paso a una sociedad justa.”

De ahí que escribiera *A Guatemala*, una poesía revolucionaria, casi gustosa y alegre: “Estabas en tu casa/ eras una muchacha/ moderna joven pura/ arreglándote el pelo./ Eras para nosotros/ los sudamericanos/ vegetantes y muertos/ la hermana que se lanza a la vida/ la valiente/ la de nuevo destino.” O en su poema, *Los orientales*, que se canta en Uruguay en los encuentros del pueblo, podemos darnos cuenta de su compromiso social y político y el uso de sus textos como un recurso de denuncia: “porque es más querida/ la

libertad que no tienen,/ porque es ajena la tierra/ y la libertad ajena/ y porque siempre los pueblos/ saben romper sus cadenas.”

María Esther Gillio, en la introducción de la que seguramente fue la última entrevista que la poeta concedió, narra que el día de la muerte de Vilariño una vecina contó “Ella siempre hablaba de morir pero no creo que le hubiese gustado morir en ningún lado. Los poetas son así, siempre dicen cosas que les parecen bonitas.” Sí, la muerte fue una constante en su poesía, una sombra cotidiana y ahora finalmente, una realidad: “Adiós./ Salgo como de un traje/ estrecho y delicado/ difícilmente/ un pie/ después despacio/ el otro./ Salgo como de bajo/ un derrumbe/ arrastrándome/ sorda al dolor/ desecha la piel/ y sin ayuda./ Salgo penosamente/ al fin/ de ese pasado/ de ese arduo aprendizaje/ de esa agónica vida.”

Ojala que este texto nos sirva para conocer y acercarnos a la obra de esta mujer, obra hermosa y limpia, una poesía que sabe acompañar las ausencias y a veces hasta las presencias.

Bibliografía

Vilariño, Idea, *Poesía completa*, Montevideo: Cal y Canto, 2002.

Poniatowska, Elena. “Esencial y desesperada entrevista con Idea Vilariño” en *Semanario Universidad* (Costa Rica, agosto, 2004)

Gillio, María Esther, “Onetti y yo erámos dos monstruos” en *Semanario Universidad*, (Costa Rica, Julio 2009)

Gregorich, Luis en su Introducción a Vilariño, Idea, *Poesía completa*, Montevideo: Cal y Canto, 2002.